



El orden de los cuerpos en los años 70 : entrevista a Pilar Calveiro

Autor:

Amado, Ana

Revista

Mora

2006, N° 12, pp. 57-67



Artículo

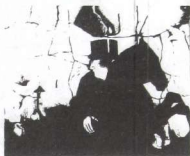




dossier

El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro*

Ana Amado



La revisión histórica, memorialista o testimonial de los dramáticos años de violencia y represión genocida de la dictadura abarca una producción numerosa y creciente, iniciada a partir de la inflexión en las políticas de la memoria producida a mediados de la década pasada. En esa exploración del pasado, los trabajos de Pilar Calveiro alcanzan un rasgo excepcional al reunir la experiencia del horror -fue secuestrada y sucesivamente confinada en tres centros clandestinos de tortura y desaparición-, con la reflexión y la argumentación teórica, el relato pormenorizado de situaciones vividas con la interpretación. De hecho, su libro Poder y desaparición; los campos de concentración en Argentina¹, proviene de una síntesis de su tesis doctoral en Ciencias Políticas realizada en México. El ejercicio intelectual y analítico que en él realizó de los elementos que confluieron en aquella catástrofe histórica, se materializó en un modo expositivo que apoyándose en testimonios sobre experiencias similares a las suyas, desplazó la primera persona y con ella, los rastros de subjetividad implícitos en narraciones de la memoria. Similar operación de distanciamiento emplea en su trabajo más reciente, Política y/o violencia; una aproximación a la guerrilla de los años 70² donde emprende una lúcida crítica del accionar de las organizaciones armadas -particularmente de Montoneros, cuyas filas integró como militante- y apela a la responsabilidad histórica que les cabe cuando cuestiona con crudeza los errores (políticos, estratégicos, indisimulablemente trágicos) que confluieron en la etapa de mayor violencia política en la Argentina.

En el ejercicio de memoria y de historia que realiza en este libro, Calveiro se aleja del relato heroico y repasa sin tapujos cada línea, cada tendencia, cada intervención personal o grupal en aquella coyuntura. Da nombres, apellidos, recurre a casos y testimonios, enuncia desde la experiencia

* Profesora Investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla, México. Doctora en Ciencias Políticas de la UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue, 1998, hay sucesivas ediciones). Editado en España con el título de *Desaparición* (Madrid: Taurus, 2002). Otros libros de su autoría son: *Redes familiares de sumisión y resistencia* (México: UNAM, 2003), *Familia y poder* (Buenos Aires: Libros de la Araucaria, 2005).

² *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70* (Buenos Aires: Norma, 2005).

personal y el compromiso, en un balance que parte de reconocer la diferencia radical que existe entre la constelación de valores con las que los jóvenes pensaban el mundo hace treinta años y aquella que rige este presente de drástica reorganización global. Imposible interpretar las conductas del pasado si se desconsideran los rasgos que organizaban tendencialmente el imaginario social de los setenta (la organización bipolar de la Guerra fría que reivindicaba lo estatal, lo público y lo político [...] como principios de universalidad. La lucha, la confrontación la revolución eran formas, si no únicas, válidas y valiosas de la política. Se definía y guardaban las fronteras -nacionales, ideológicas, de género. Existía una extraordinaria tendencia a realizar clasificaciones y sobre todo, formas de organización binarias -explotados y explotadores, justo e injusto, correcto e incorrecto-).³

Desde los referentes de sentido actualmente predominantes ("se valorizan la sociedad civil y lo privado, por oposición al estado y el sistema político, casi siempre satanizados, [...] se condena toda forma de violencia abierta, en especial la política ...) Los sujetos reivindican la personalización de todo, la individualización, el sentimiento y el disfrute", enumera), los actos y las elecciones de aquella generación de jóvenes resultan incomprensibles o demenciales. De ahí que como condición para realizar un escrutinio justo sobre el pasado, Pilar Calveiro considere necesario "tender un puente entre nuestra mirada actual y la de entonces: no hay una verdadera y otra falsa sino que se trata de construcciones diferentes que corresponden a momentos distintos del poder y las resistencias".⁴

En la entrevista que sigue realiza nuevamente el pasaje entre tiempos y proceder para revisar aquel tramo de nuestra historia, pero con la mirada en foco sobre las significaciones que ella y tantas mujeres de su generación otorgan a sus experiencias de militancia en organizaciones armadas y a la violencia padecida en los centros clandestinos de detención. En este sentido, las preguntas recortan desde el género el examen del pasado porque los contrastes, quizás menos visibles en la expresión de las ideas y los fines políticos, aparecen más nitidos y sin duda con un sesgo diferente para las mujeres, cuando ideas y fines se concretaban en prácticas que implicaban la renuncia a lo personal en aras de un fin colectivo. Calveiro no retaceó sus respuestas, ni siquiera las referidas a la tortura (cuestión siempre difícil de plantear a las víctimas que la sufrieron, en este caso contamos con su anuencia para aludir al tema) y en ellas no habla en nombre de alguna verdad que pretenda legitimar a partir de la experiencia o del sufrimiento, simplemente pone distancia con aquellas acciones y busca entenderlas.

³ Política y/o violencia, ob. cit., pág. 14.

⁴ Política y/o violencia, ob. cit., pág. 16.

— *La cultura política de los 70s implicó para las mujeres romper con muchos mandatos asignados por la tradición. La práctica militante dio vuelta los modos de entender las formas amorosas, las relaciones familiares, el ejercicio de la maternidad... ¿Tu generación debió pagar costos afectivos por estas elecciones?*

— Si se recuerda que, en nuestro país, las mujeres obtuvieron el voto recién en los años 50, es decir que apenas entonces se las reconoció como sujetos políticos, creo que el solo hecho de que veinte años después intentáramos participar, de "igual a igual" con los hombres en una militancia no sólo política sino armada, marcó una ruptura significativa, incluso con movimientos revolucionarios previos. No se trataba de un pequeño número de mujeres en relación con el conjunto, ni tampoco de la realización de tareas de apoyo o cobertura, sino del involucramiento político y militar de una cantidad importante de mujeres, de manera paritaria con los hombres (en lo que se refiere a las prácticas y los riesgos). Esto nos convertía en parte de un proyecto, de una apuesta política muy alta: la realización de la Revolución (así, con mayúsculas), que esperábamos que cambiaría a la sociedad y al mundo. Era ser parte de la historia desde un lugar protagónico; era asumir la acción, tan valorada políticamente en la época; ser y reivindicarnos como sujetos políticos.

Pero esa Revolución no era para nosotros la sola modificación de las relaciones de producción, o de las "condiciones objetivas", como gustaban designarlo los partidos de la izquierda tradicional. Íbamos por más. Con el Che, pensábamos que la Revolución daría lugar al Hombre nuevo (humanidad masculina en la que quedaba subsumida, la que supuestamente sería también una Mujer nueva), capaz de crear otras relaciones sociales, familiares o personales, más justas y solidarias.

Yo diría que, en un primer momento, hubo una ruptura muy clara con la noción de familia tradicional. Las parejas no se constituían con la perspectiva del matrimonio; gracias a la píldora, la sexualidad se hizo más libre; la mujer no consideraba que su identidad primera y fundamental fuera la maternidad. Éstos y otros elementos fueron una liberación, un aire fresco en las relaciones amorosas y familiares. Sin embargo, creo que a medida que la militancia se hizo más estructurada, más rígida, más militarizada, también hubo una especie de "redisciplinamiento" de las costumbres.

Pienso en los "códigos de moral revolucionaria", que tendían a controlar la vida personal con un claro componente moralino, como cierta "normatividad" de los intercambios sexuales, de dudosa aplicación.

No obstante, desde una apreciación general, creo que logramos establecer relaciones de pareja más equitativas, pudimos disfrutar más abiertamente de nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, transformamos los roles tradicionales de la paternidad y la maternidad con una mayor participación de las mujeres en la provisión de sustento y de los hombres en el cuidado de los hijos, en fin, creamos relaciones familiares más parejas y, desde mi punto de vista, más amorosas. Sin duda estas modificaciones han implicado costos. Entiendo que los varones, sin perder su posición predominante, sin embargo vieron mermada su autoridad. Las mujeres pagamos el costo de una mayor libertad: aparentemente perdimos seguridad y quedamos mucho más libradas a nuestra suerte, aunque eso probablemente sea una ganancia más que un costo.

Mujeres y hombres ampliamos nuestros roles asumiendo parte de lo socialmente atribuido al otro género pero creo que nosotras hicimos una transformación mucho más profunda que ellos. En general, salimos de nuestro rol tradicional de madres para adentrarnos en el lugar de "compañeras" de trabajo, de reflexión, de militancia, con

las responsabilidades y riesgos que ello supuso; nos incorporamos a la política y nos hicimos autosuficientes en términos económicos. Sin embargo, los varones tuvieron más dificultad para hacerse cargo de los hijos cuando faltaron sus compañeras, por ejemplo, y en muchos casos delegaron esta responsabilidad en otras mujeres.

También encuentro que, en la madurez, nuestros viejos compañeros de militancia, como buena parte de los hombres de mi generación, tienden a reproducir antiguos patrones de género, -como cambiar a sus mujeres por otras más jóvenes-, que no honran el pacto inicial de transformar los roles masculino y femenino, ni se sustentan en relaciones medianamente equitativas. Me explico: creo que cualquier hombre, como cualquier mujer, pueden establecer relaciones amorosas con personas mayores o menores que ellos, sin que eso tenga una "carga" especial. Pero cuando, de manera consistente, los varones dejan a sus parejas por mujeres mucho más jóvenes parecería que estamos en presencia de un fenómeno que no es individual ni mucho menos moral, sino que puede entenderse como un hecho social. Desde mi punto de vista, esto admite muchos ángulos de lectura pero, en principio, me remite a la vieja representación de la mujer como posesión que, cuanto más joven y bella, resulta más valiosa. Es decir, nada que ver con parámetros de compañerismo o equidad entre los géneros. Sé que es un tema difícil, que requiere de análisis complejos, pero lo lanzo porque encuentro que muchas veces las mujeres postergamos, con cierto pudor o vergüenza, la discusión de las circunstancias de exclusión que operan efectivamente en cada momento. Es relativamente fácil hablar hoy de las inequidades de la época militante pero así como entonces estaba, en algún sentido, "fuera de lugar" plantear las circunstancias que resultaban restrictivas para las mujeres, ahora también puede parecernos que la referencia a estas otras prácticas queda "fuera de lugar", pero en la medida en la que están presentes, actuantes, creo que deben tener lugar.

— *También la cultura de la época sustentaba ideológicamente el discurso del sacrificio. Este implicó, entre otras cosas, la postergación de los hijos para cumplir con los duros compromisos de la militancia. ¿De qué manera lo vivías? ¿Cómo ajustabas cotidianamente los fundamentos que te sostenían en esa contradicción? La escritora chilena Diamela Eltit calificó en un texto como "teatralización paródica de la masculinidad" a estas elecciones obligadas por la militancia que posponían lo íntimo y lo personal en oposición a lo primordial de lo público y de lo colectivo.*

— Yo no creo que lo que hayamos hecho fuera una "teatralización de la masculinidad" sino que tratábamos de encontrar un lugar nuevo como mujeres, rechazando la distribución de roles masculino y femenino vigente, y penetrando, en consecuencia, en ámbitos y prácticas considerados masculinos. El intento de reformular el lugar de la mujer no fue una tarea fácil, como tampoco lo es ahora. Es cierto que lo estructurábamos desde el discurso de la "igualdad" con el hombre, es decir de ocupar los mismos espacios, con derechos y obligaciones idénticos. En este sentido, creo que nuestra perspectiva era acorde incluso con las posturas feministas de la época, sin que nosotras las reivindicáramos explícitamente. No lo hacíamos porque, ciertamente, considerábamos que las relaciones de poder entre los sexos (no usábamos la categoría género) eran una "contradicción menor", que se resolvería, casi mágicamente, en esa sociedad nueva que pensábamos construir. Es

decir, que el tema de las relaciones de poder entre hombres y mujeres resultaba postergado e incluso menospreciado en la discusión, tanto por ellos como por nosotras, aunque en la vida diaria, lidiábamos permanentemente con esas relaciones y el impacto que tenían sobre nuestra práctica.

Digo que nuestra visión "igualitarista" podría pensarse como congruente con las posturas feministas de la época porque lo relaciono con el "feminismo de la igualdad", como se lo ha llamado más recientemente, ligado a la igualación de derechos legales, políticos, sociales, públicos y a la igualdad de derechos y obligaciones en el ámbito privado. Esa postura, si bien incluía las relaciones de pareja y familiares, estaba ligada principalmente con el derecho a participar en los espacios hasta entonces vedados para las mujeres, en particular los espacios públicos, tan valorados en la sociedad de esos años. En nuestro caso implicaba la reivindicación de participar de manera "igualitaria" en prácticas tan desventajosas como la militar en donde resultaba evidente, pero de difícil asimilación para nosotras, que las reglas del juego igualitarias, al partir de condiciones desiguales, no hacen más que profundizar la desigualdad.

Y esto era claro en todo lo que involucrara al cuerpo. No sólo el entrenamiento sino la maternidad, por ejemplo, nos ponían de frente, a hombres y mujeres, con la diferencia, no con la igualdad. El embarazo o la lactancia eran y son experiencias rotundamente femeninas. Porque desde una mirada tal vez tosca, podría llegar a equipararse la maternidad con la paternidad pero nunca el embarazo o la lactancia. Creo que la maternidad, además de colocarnos de frente con la diferencia hacía evidente la tensión entre lo público y lo privado. Entendíamos la militancia como una práctica política, en este sentido pública, que se consideraba prioritaria con respecto a cualquier otra. Sin embargo, a medida que crecimos, que hicimos nuestras vidas, deseamos tener hijos, y los tuvimos. Cuando eso pasó, la prioridad de los hijos y la de la militancia entró en tensión. Yo diría que la mayor parte de los varones sintió también esa tensión y trató de dar respuesta a su condición de padres a la vez que a la de militantes. Para las mujeres existían distintas opciones, que admiten ciertos paralelos con las que se le plantean hoy a muchas profesionales en relación con su trabajo: darle prioridad a los hijos y "resignar" la militancia, quedando en posiciones más marginales dentro de las organizaciones, o priorizar la militancia y descuidar la atención de los hijos. Creo que la mayoría eligió, de una u otra manera, la primera opción, aunque tratando de no abandonar la vida política. Yo hice eso.

En el contexto de las organizaciones armadas había un desconocimiento de la maternidad como tal. Desconocimiento, en el sentido de no darle un lugar, pero también desconocimiento en el sentido de algo no conocido, nuevo, sobre lo que hubo que ir abriendo espacios a medida que irrumpió como realidad entre nosotros. Creo que, en ese sentido, muchas veces las madres militantes obligaron a abrirlos, decidida o tímidamente, imponiendo la consideración de sus particularidades y las de sus hijos.

Eso no cancelaba la tensión. Yo recuerdo que en esa época Mercedes Sosa cantaba aquella canción que decía. "No me reclame niño si me demoro/le peleo a la vida por usted, tesoro". Me parece que expresaba mucho de lo que sentíamos: esa cosa de querer a tu hijo pero no querer sólo a tu hijo, en consonancia con la necesidad de salirnos del rol exclusiva o predominantemente materno. Sin embargo, queda un tema clave ¿cómo pudimos estar dispuestos, hombres y

mujeres, a poner en riesgo a nuestros propios hijos? No lo sé, creo que operaban distintos mecanismos. Uno, evidente, fue aceptarlo "racionalmente" como posibilidad, pero no darle "realidad", algo así como "no va a pasar". Parece una locura, pero si lo revisamos con honestidad, el recurso de "A mí no me va a pasar" es un mecanismo bastante frecuente en las personas. Otro era disponer de todas las medidas posibles para proteger a los chicos, lo que en la mayor parte de los casos ocurrió, pero no en todos, no en todos. Pienso que nosotros asumíamos esa lógica de la "guerra" y sus consecuencias trágicas, pero tal vez más que eso, como bien decís, del sacrificio propio en aras de un fin superior, que siendo aparentemente muy humano puede llegar a ser tan deshumanizante.

— *Las mujeres, quizás más atadas a una cultura clásica en lo familiar o emocionalmente más dependientes de la familia, ¿debían hacer un esfuerzo extra para sostener o para compatibilizar la vida afectiva familiar con las rígidas condiciones que impone la cotidianeidad del combatiente clandestino?*

— Yo distinguiría entre la militancia clandestina y la clandestinidad. Al principio, todos teníamos una militancia clandestina, a la vez que manteníamos trabajos, estudios y relaciones sociales "normales", es decir legales. Eso implicaba una especie de "desdoblamiento" entre tu parte legal y tu parte clandestina, es decir, había un segmento de tu vida, cada vez más importante, que se ocultaba o sustraía de la mirada de los que no pertenecían a ese mundo. En esa etapa las relaciones familiares se mantenían aunque resultaban afectadas por ese "cono de sombra", esa parte inexplicable de tu vida, que te iba obligando a un distanciamiento para evitar las preguntas que no podías responder. Los más lejanos pensaban que te había pasado algo, que eras rara, o cualquier cosa, pero la familia cercana se daba cuenta de la situación y reaccionaba de distintas maneras, entre la solidaridad y el rechazo. Una parte de las relaciones familiares se perdía pero otra también se afianzaba y profundizaba, en la complicidad y la solidaridad, que creó vínculos muy fuertes.

Más adelante, cuando un militante era identificado como tal por las fuerzas de seguridad, entonces pasaba a la clandestinidad. Eso quería decir que debía romper todo vínculo que lo ligara a su identidad, la familia en primer lugar, y asumir otro nombre, otro domicilio, otro trabajo, otra historia. La clandestinidad rompía con la vida familiar previa y te dejaba confinado a las relaciones de la familia propia, seccionada del resto de tu red familiar, y a las relaciones con los compañeros de la militancia. Tal vez por ese estrechamiento de los vínculos entre los compañeros, se entablaban con ellos relaciones de familia: eran tus hermanos, los tíos de tus hijos, sus hijos eran tus sobrinos, y así; lo que casi siempre faltaba eran abuelos y abuelas.

Esta era la vida familiar que se sostenía en la clandestinidad. Hasta ahí, la pérdida de las relaciones familiares amplias afectaba a hombres y mujeres, reconociendo que este corte suele ser más difícil para nosotras. Pero aun en esta familia nuclear, separada de la red familiar, que se constituía con el compañero y los hijos propios, existía una posición diferente entre hombres y mujeres. La condición de clandestinidad hacía que trataras de moverte, dentro del barrio en el que vivías, como una familia "normal", que no debía llamar la atención. Esto implicaba el mantenimiento de los roles masculino y femenino tradicionales, de manera que, por lo regular, para los movimientos cotidianos, los hombres salían "a trabajar" a horas fijas y las mujeres quedábamos al cuidado de los niños y salíamos

y entrábamos con ellos. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta que esta atribución tradicional de funciones fue incorporada rápidamente porque también nosotros tendíamos a reproducirla. Lo cierto es que, a lo largo de la militancia, si bien los hombres se hacían cargo de parte del cuidado de los niños de la puerta de la casa para adentro, el fuerte de la atención de los hijos recayó en las mujeres. Por supuesto, el hecho de hacerlo en condiciones de militancia difíciles, de las que nosotras también participábamos, y sin el apoyo familiar, hacía mucho más complicado y costoso tanto el trabajo político como las funciones maternas. Por otra parte, era bastante común que el hombre debiera viajar o cumplir tareas de militancia que lo obligaban a permanecer fuera por períodos relativamente largos, en los que la mujer quedaba a cargo de todo. En ese sentido fue muy frecuente que enfrentáramos solas largos períodos de los embarazos, del puerperio, o las enfermedades de los hijos, por ejemplo. Así que, para sostener la vida familiar, las mujeres debíamos resolver con frecuencia, en la más absoluta soledad, situaciones difíciles sin contar con la pareja ni con la contención afectiva y material de las redes familiares amplias.

También hay que decir que cuando el marido no estaba, por lo regular se encontraba desempeñando una función que implicaba una situación de riesgo, por lo que la carga que de hecho implicaba su ausencia, se vivía sin embargo como algo relativamente irrelevante en términos comparativos. La situación de peligro, compartida por toda la familia, resultaba una carga pero también daba lugar a relaciones amorosas muy fuertes y de una solidaridad fuera de lo común entre los miembros de la pareja, entre padres e hijos, entre hermanos.

— *Las áreas de militarización, ya sea por el manejo de las armas, o por ocupar grados altos en la jerarquía de la conducción, ¿otorgaba a las mujeres -me refiero íntimamente- un poder especial? Este punto no suele ser tocado como diferencia en los testimonios o revisiones críticas de las militantes, y en este sentido entiendo que Eltit, en el texto que mencioné antes, alude a las guerrilleras como "andróginas, prófugas de sus propios cuerpos". ¿Cómo pensar entonces esa teatralización del cuerpo femenino que exigía el discurso de la lucha armada?* — Si el espacio político es tradicionalmente "extraño" para las mujeres y, en ese sentido, desventajoso, el militar lo es muchísimo más. Creo que la primera vez en mi vida que me sentí en desventaja por mi cuerpo -no prófuga sino presa de él-, fue haciendo instrucción militar. De pronto tenía un cuerpo que estaba en mi contra, que no acertaba a hacer lo que "debía", cuyos reflejos eran insuficientes y que yo no era capaz de adiestrar, por más voluntad que invirtiera en ello. Lo militar no te remite sólo a la fortaleza o la debilidad, sino a esa habilidad básica que los hombres aprenden desde chicos, esa capacidad de lanzar una pelota (o una granada) y colocarla en el lugar correcto, esa coordinación de ciertos movimientos que para nosotras es mucho más difícil. Sin ir más lejos, las armas, por ejemplo, están hechas a la medida de los cuerpos masculinos. Eso sería lo más elemental, pero también hay otros aspectos, como la "valentía", a veces temeraria, o la capacidad para responder con velocidad a una situación de violencia, que están socialmente más desarrollados en los varones. De manera que lo militar implicaba una presión mucho mayor para nosotras. Por otro lado, en las organizaciones armadas, el militante no podía ser un cuadro político exclusivamente sino que debía participar

en las operaciones militares, como requisito indispensable. Es más, yo diría que el componente militar era inicialmente tan importante como el político en la evaluación de los compañeros, pero más adelante lo superó. Desde la lógica "igualadora" que mencioné antes, se pretendía que las mujeres fuéramos buenas militantes y, por lo mismo, buenas combatientes, pero partíamos de condiciones tan desiguales que, de manera "natural" tendieron a destacar los hombres, en particular los más "fierros". Entre una mujer con capacidades políticas sobresalientes y capacidades militares mediocres y un hombre que destacara militarmente aunque su visión política fuera pobre, se seleccionaba a este último, entre otras cosas porque las capacidades políticas permitían cuestionar a una conducción bastante limitada en ese sentido, lo que te colocaba de inmediato en la categoría de "disidente". Mi percepción personal es que las mujeres fuimos mucho más críticas con la línea "oficial", más cuestionadoras de las conducciones y las jerarquías internas, más agudas para percibir las contradicciones entre el discurso de las organizaciones y la realidad política circundante, menos disciplinadas que los hombres. Creo que un hecho significativo al respecto es que una sola mujer llegó a ser miembro de la Conducción Nacional de Montoneros.

No creo que el uso de la violencia haya sido fácil en general, y menos para las mujeres. Sin embargo, su utilización y sobre todo la idea "igualitarista" comportaron cierto desconocimiento de los signos externos de lo femenino (formas de vestir, de no maquillarse, cierta gestualidad) en la vida cotidiana, que puede aparecer como masculinización desde un análisis sólo de "superficie", que tiene su importancia, pero es insuficiente. No creo que en las relaciones de pareja, en la sexualidad, en la maternidad, en el vínculo con otras mujeres haya habido una fuga de lo femenino sino el intento por resignificarlo. Pero aun en el terreno de esos "signos externos", el papel que con frecuencia desempeñaba la mujer en la guerrilla urbana era el de "señuelo", usando y enfatizando su apariencia frágil o seductora para acercarse a un puesto de vigilancia, por ejemplo, y tomarlo sacando un arma de un lugar imprevisible. No siempre, pero muchas veces jugaba roles que tenían más que ver con el ingenio que con la fuerza o el alto adiestramiento militar, es decir, hacía la parte que en el imaginario tradicional se consideraría más femenina que, a veces también, fue la que la salvó.

La conformación del imaginario social tiene una fuerza extraordinaria y no se modifica rápidamente. A pesar de que, con el tiempo, los militares tuvieron la experiencia de haber sido sorprendidos y desarmados por mujeres, no podían barrer de un plumazo la atracción provocaba en ellos una chica muy linda con aire inocente o la consideración hacia una madre que circulaba con un cochecito de bebé (vacío) que, de una u otra manera, les hacía bajar la guardia. En algún sentido, el imaginario pesa más que la experiencia o, podría decirse que se modifica con cierto "atraso", generalmente considerable, por lo que el recurso de la "inocencia" femenina aunque perdió cierta credibilidad nunca entró totalmente en desuso. Algunos relatos de mujeres combatientes, que en esa época eran jóvenes, muchas de ellas bonitas y atractivas, dan cuenta de la sorpresa e incredulidad de militares, policías y civiles cuando irrumpían en un determinado lugar, armadas, con metralletas y minifaldas.

Se podría decir entonces que nuestra militancia entraba en tensión con lo que el imaginario tradicional registraba como femenino: en ciertos sentidos lo rehusaba, en otros lo reproducía y en otros más lo utilizaba para obtener una mayor seguridad o cobertura.

— *Los testimonios sobre campos y torturas aluden a modos específicos de ensañamiento con mujeres. No se percibe sin embargo afirmaciones semejantes en tus escritos reflexivos y testimoniales sobre los centros clandestinos de detención de la dictadura. Como si no hubiera diferencia en el tratamiento subhumano que les propinaban a prisioneros...*

— Yo no registro un ensañamiento particular con las mujeres. La tortura fue sistemática para todos, empleando más o menos las mismas técnicas. Donde se violaba, se violaba o se abusaba sexualmente de unos y otras indistintamente, aunque presumo que la violación aparece con más frecuencia en los testimonios femeninos porque resulta más "vergonzosa" para los hombres. Incluso me atrevería a decir que el hecho de ser mujer te permitía a veces eludir o atenuar el maltrato, después de que pasaba el período de "interrogatorio" inicial. Es decir, no creo que la condición de mujer le haya permitido a nadie eludir la tortura pero en un momento posterior, la referencia de la mujer a las figuras de la madre, la novia, la hermana, en algunos casos creó circunstancias de cierta protección. No fue extraño que algunos oficiales de los campos de concentración adoptaran como "protegida" a una mujer, a la que trataban de salvarle la vida y a la que "exculpaban" de su militancia subversiva. Era relativamente fácil, y acorde con su visión de lo femenino, argüir que la mujer había sido arrastrada a la militancia por un marido (casi siempre con rango superior) irresponsable. Si esa mujer tenía hijos, la protección de los hijos solía ser también una llave de acceso a la mujer, pero no necesariamente era esto lo que se pretendía con la "salvaguarda". Es difícil de explicar, pero tal vez cuando una persona es responsable de tantas muertes necesite sentirse también responsable de alguna vida, y es más fácil "regalarle" la vida a un ser que se considera débil o bello que a uno fuerte. Eso, siendo algo muy excepcional, cuando ocurrió representó una ventaja para las mujeres; en cambio sucedió con mucha menos frecuencia en beneficio de los hombres. De alguna manera, las mujeres supieron aprovechar esta "ventaja" comparativa; me refiero a que fueron capaces de reconocer que su condición de género podía generar, en algunos de esos otros poderosos que tenían enfrente, un determinado sentimiento (de ternura, de amor, de lástima, de deseo, de compasión) y que ese hecho se podía "jugar" como forma de atenuar las terribles condiciones de privación y sufrimiento. En algunos casos este cambio de situación fue el primer paso de otros procesos mucho más complejos que, finalmente, posibilitaron la sobrevivencia.

— *Desde 1977 estuve como prisionera/desaparecida en la Mansión Seré durante un año y medio, antes de seguir tu periplo de confinamientos por otros centros clandestinos y terminar en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada). En una entrevista mencionaste, casi al pasar, tu intento de fuga de la Mansión Seré. El episodio ni siquiera es mencionado en tu libro sobre los campos, a diferencia de Claudio Tamburrini, por ejemplo, que escribió un libro sobre su espectacular escape de ese lugar, ahora una exitosa película (Crónica de una fuga, de Adrián Caetano). Incluso, habías sido madre muy poco antes de tu secuestro y tal vez se podría relacionar esto con las actitudes que tenían los torturadores con una mujer en puerperio. ¿Quisieras referirte a este episodio?*

— En efecto, yo hice un intento de fuga de la Mansión Seré que fue mucho más improvisado e infeliz que el de Tamburrini. A mí me secuestró la Aeronáutica, que

manejaba esa casa, a los cuarenta días del nacimiento de mi hija menor, de manera que aún estaba amamantándola. Todavía no me había reintegrado a la militancia, pero me identificaron en la calle, mientras iba de la carnicería a la ferretería, en un sábado de lluvia. Me metieron en un coche y me llevaron a la Mansión Seré, donde me dieron el mismo tratamiento que a los demás: picana, golpes, abuso sexual. No tardé mucho en darme cuenta dónde quedaba la casa y vi que la ventana del baño no estaba cerrada sino atada con una especie de soguita. Hice entonces un plan de fuga mínimo: saltar por la ventana del baño para que, en caso de que hubiera guardia, me mataran de una vez, y en caso de que no la hubiera, tratar de llegar corriendo hasta Rivadavia, donde podría perderme entre la gente y el tránsito. Para que eso funcionara tenía que haber penumbra y, al mismo tiempo, gente, y pensé que lo mejor sería hacerlo alrededor de las seis de la mañana.

Como ellos me dejaban ir al baño para sacarme la leche, amaneciendo al martes les pedí permiso para hacerlo. Me metieron al baño y, cuando estuve sola, desaté la ventana y salté desde lo que era sólo un primer piso, pero de una antigua casona. Al caer, en lugar de salir corriendo, como esperaba, me quedé tendida en el piso: me había fracturado una pierna, un brazo, dos vértebras, la nariz y varias costillas. Me subieron literalmente a patadas por las escaleras. Creo que ellos pensaban que me iba a morir ahí mismo, pero yo estaba segura de que todavía no. No tengo mucha conciencia de los días siguientes pero sé que pasaron como diez días hasta que, finalmente, una noche me llevaron al Hospital Aeronáutico Central, donde me enyesaron. Creo que no pensaban dejarme con vida pero habían decidido no matarme de inmediato, de manera que me enyesaron. Este tipo de cosa era normal: te lastimaban, después te curaban para volverte a lastimar o, en su defecto, para matarte. También podían torturarte y después venir a regalarte cigarrillos y jugar a las cartas. Eso era indistinto, con hombres y mujeres. Es lo que tenía la Aeronáutica: para torturar y secuestrar eran muy igualitarios.

— *¿Cuánto tiempo estuviste en detenida/desaparecida? ¿Quién se encargaba de tus hijas pequeñas en ese período, tu familia, tu madre, tu marido? ¿Es posible, por ejemplo, pensar en los hijos en medio del sufrimiento del propio cuerpo?*

— Yo estuve desaparecida durante un año y medio. Todo ese tiempo mis hijas estuvieron con mis padres, así que vivieron simultáneamente la pérdida de su mamá y su papá siendo muy pequeñas (una tenía dos años y la otra cuarenta días). Yo creo que, recién cuando me agarraron, hice por primera vez la cuenta de que, si nos mataban a los dos, a mi marido y a mí, mis padres (que entonces tenían 63 años), podrían morir antes de que ellas fueran adultas. Fue como si nunca antes hubiera podido pensar eso; siempre había imaginado que podrían detener o matar a uno de nosotros pero que, aun en la peor situación de que nos apresaran a los dos, estarían mis padres para protegerlas; nunca había hecho cuentas de su edad y la de mis hijas. En los días siguientes a mi captura, este pensamiento me sobrecogió.

Enseguida de mi "aterrijaje" forzado y averiado desde la ventana del baño, los milicos allanaron mi casa y se llevaron todas nuestras pertenencias: uno de ellos usaba una campera que había sido de mi marido, las cosas de mi casa andaban por ahí y me pusieron la camita que había sido de mi hija mayor para que durmiera en ella. Ahí estaban mis nenas, de una u otra manera. Pero yo estaba segura de que secuestro y muerte eran sinónimos; no tenía duda al respecto, así que empecé a

despedirme, despedirme de la vida, que era todo lo que había quedado afuera, para irlo cerrando. Entonces todo eso se difumina, y los hijos también. Cuando hacés esto, es como si toda la realidad se redujera a lo que pasa dentro de ese universo en el que estás atrapada. Recordás lo de afuera pero es como si, de alguna manera, ya no te perteneciera; se establece una distancia inmensa y todo lo que ha sido tu vida está ahí pero como latente, dormido. Creo que lo que pasa es que si lo mantuvieras despierto, el dolor sería insoportable y no podés permitirlo porque tenés que pelear con el terrible día a día del campo de concentración. Y ahí, con los que están pasando las mismas vicisitudes que vos, vas amando unas nuevas relaciones, una nueva socialidad, en función de la sobrevivencia más básica.

Sin embargo, en cuanto se vislumbra alguna posibilidad de sobrevivencia, en cuanto aparece cierta esperanza de vida (que nunca creés del todo), reaparecen los hijos, para mí mis hijas, con una fuerza difícil de describir. En el primer contacto con la familia conseguís las fotos que llenan tu vida, los hijos se convierten en el móvil de lo que hacés y lo que no hacés y en la esperanza de lo que podrías hacer si salís viva; son la vida y, en algún sentido ellos te salvan, te sacan de allí, te abren a un futuro en el que tenés un lugar. La reaparición de los hijos, y también la de los padres, de la pareja, del "afuera", es la reinstalación de la vida que, para mí, fue tan dolorosa como su "clausura" anterior, porque esta reapertura te hace sentir con una fuerza nueva todo lo que te falta, lo que ya no está, todo lo que has perdido y lo que se ha roto.



— *¿Cómo sostener la identidad en las condiciones duras de confinamiento? ¿Había amistad y sostén entre mujeres en la misma condición?*

— En los campos de concentración no era como en las cárceles, porque convivíamos hombres y mujeres. Como el campo genera una especie de desconfianza gigante, porque exhibe la traición al tiempo que castiga toda solidaridad obligando a hacerla invisible, las relaciones entre las personas son muy cuidadosas. De manera que casi todos necesitan, buscan y finalmente encuentran, alguien en quien confiar. Puede ser una persona que se conoce desde antes o que, por alguna razón, nos ha dado prueba de su confiabilidad. Con esa persona se entabla una relación particular, casi siempre de a dos, una especie de pareja, que se vincula con el resto pero que entabla un vínculo particularmente fuerte entre sí. Este tipo de relación existía entre hombres y mujeres, pero fue más frecuente entre personas de un mismo sexo y, sobre todo, entre mujeres, que se aliaban y se sostenían mutuamente. Con alguien del otro sexo, una relación tan próxima tiende a transformarse en amorosa y, en general, no había demasiado espacio físico ni psíquico para eso, aunque también ocurría. Creo que el vínculo con otra mujer te hacía de espejo, te devolvía la imagen humana precisa que querías recuperar de vos misma y que el campo trataba de arrebatarle. Era dejar de ser el número que te habían asignado para ser una persona, mujer, hija, madre, amante, amiga, militante, con todas esas identidades recordadas y recuperadas a partir de la otra. Tal vez por eso la confianza resultaba fácil y necesaria entre mujeres. La imagen física, el sentimiento, la fantasía de la otra-semejante te devolvían la propia, en una identificación que resultaría mucho más difícil con un hombre. Es posible que esa sea una de las razones por las que las mujeres aparecemos siempre juntas.